



PERIÓDICO CRISTIANO.

AÑO IV.

LUNES 1.º DE JULIO DE 1872.

NÚM. 104.



UNA ALDEA ORIENTAL.

LA LUZ.

Las naciones todas siguen preocupándose de la cuestión religiosa. Ayer era Alemania la que se levantaba contra la Compañía de Loyola; después fué Austria, luego Portugal. Los venerables Padres, de tal suerte se comportan en todas partes, que los más tibios se ven en la precisión de levantarse contra ellos.

El Santo Padre, encerrado en su rincón de la Ciudad Eterna, llora sus desdichas y las canta en todos los tonos, verdadero Jeremías del Papado. Hoy son estos señores de la nobleza francesa que van á besar su santo pié; mañana son 4.000 italianos que van á consolarle y á deponer ante

sus piés 50.000 liras para que su aflicción ceda por unos pocos días. El Papa las toma y protesta, no del donativo, sino de la opresión en que dice le tiene el Rey de Italia, y esa es la protesta milésima; y como hasta el presente no se ha visto que Dios mande ni siquiera al más ínfimo de sus ángeles, á esterminar con su espada de fuego á «los usurpadores de los derechos de la Iglesia ni á los enemigos de Dios, ni á los espoliadores de los templos ni á los profanadores de las santas imágenes,» como dice beatíficamente Pío IX, de inferir es que el presente estado de cosas no cambiará en su bien aunque él siga protestando hasta la consumación de los siglos.

Y sin embargo, la Europa está inquieta y mira con frecuencia hácia á Roma. Es que vé

declinar más y más cada día al anciano que ocupa la silla de San Pedro, y teme el momento en que el telégrafo anuncie su muerte. Así es que en el momento en que se anuncia una indisposición del Papa ó una recaída en sus enfermedades, el mundo diplomático se agita, todas las Cortes se asustan, todos los hombres políticos y religiosos se preocupan. ¿Y por qué? La cosa está bien clara y no se necesitan grandes esfuerzos para entenderla.

¿Quién será el futuro Papa? ¿Representará á la Compañía de Jesús, y será el ultramontano más odioso y más odiado de cuantos han sido Papas, ó será un Pontífice indulgente, tolerante, amigo de los modernos adelantos, ó si tanto no se puede pedir á un Papa, benévolo por lo mé-

nos con ellos? Hé aquí el problema. Y los Gobiernos se preocupan porque la cuestión es tanto política como religiosa, más bien política casi para ellos que religiosa, porque si se nombra á un Papa ultramontano vendrán los nuevos *Syllabus*, los nuevos anatemas contra la civilización, las mismas excomuniones contra las ideas que forman la vida de los pueblos modernos, y habrá sobresaltos en las almas tímidas y turbaciones en los ánimos apocados. Todos los Gobiernos tendrán que levantarse contra las pretensiones de esa corte romana, que hundida y todo, ni retrocede ni vacila jamás en sus estravíos, y decir como decía el malogrado general Prim en las Cortes españolas: «Las disposiciones del Papa serán acatadas en cuanto no conculquen las leyes fundamentales del país.» Ni más ni menos.

Si alguna duda pudiera caber del carácter eminentemente político que ha tomado la religión en manos del catolicismo, esto lo probaría. La confusión de lo espiritual y lo temporal ha llegado entre la gente jesuítica al último extremo. El fondo, lo temporal; la careta, lo espiritual; esa es la divisa del ultramontanismo. Y luego conocida la bula por la que *presente el cadáver* se puede hacer el nombramiento de nuevo Papa, y conocido el afán del bando jesuítico de hacer preponderar su candidato, no es de extrañar que los Gobiernos se alarmen y se preparen á intervenir, los que tienen derecho á hacerlo, en la elección del futuro Pontífice, una vez corte Dios los días al que hoy rige tan reaccionariamente los destinos de la Iglesia católica.

Cosas notables hemos visto en estos tiempos; la canonización de los mártires del Japon, la declaración del dogma de la Inmaculada, el Concilio del Vaticano y la declaración de la infalibilidad pontificia; pero todavía hemos de ver cosas más curiosas y más edificantes. El Papa hace las cosas que hace por inspiraciones jesuíticas. ¿Qué será cuando el alma, y las pasiones y los instintos del jesuitismo se sienten en forma de Papa en la silla de San Pedro?

MOISES.

VII.

El pueblo israelita vagó por el desierto durante cuarenta años. ¡Qué poética y qué clara imagen de que las razas que vienen las primeras á operar ciertas transformaciones no hacen más que prepararlas para que las realicen después las generaciones que las han de seguir! Todos los mayores de veinte años que habían salido de Egipto, murieron sin ver la tierra donde el ideal iba á realizarse. Los unos murieron á hierro, los otros de languidez, aquellos de fatiga. No había de entrar en la nueva tierra ni uno que llevara en su pecho alguna de las ideas de la antigua servidumbre. Debía pasar una generación entre el reinado de esta y el de la libertad. Así como grandes y nuevos ideales no pueden realizarse algunas veces sin una nueva tierra donde implantarlos, así siempre, para realizar una nueva idea en toda su pureza, son precisos hombres nuevos.

En el desierto quedaron enterradas con los hombres que aun tenían ciertos restos de ellas, ciertas prácticas idolátricas, ciertos hábitos paganos, ciertas costumbres de los tiempos de la esclavitud. Un pueblo no se transforma en un año.

Si Moisés nos ha parecido admirable en toda su vida y en todos sus actos, el último de ella es todavía más digno de nuestro respeto y de nuestra admiración. Él debía ser también de los que no penetraran en la nueva tierra: él debía ser también de los que no gozaran de los beneficios de la nueva idea. Debíó creerse comprendido en aquella ley inexorable de regeneración social, que impedía á un pueblo aposentarse hasta que estuviera acostumbrado á las nuevas prácticas y á las nuevas instituciones de la libertad. Era de los hombres viejos de la generación corrompida, y no debía entrar en la tierra de leche y de miel. Una vez dudó de Dios: perdió la confianza en su ideal, y Dios le condenó á ver nada más desde lejos la comarca de los prodigios. También los grandes guías de los pueblos tienen sus horas de vacilación; dudan, y la Providencia les castiga muchas veces por estas vacilaciones á no ver realizado el fruto de sus afanes, á no entrar en la tierra prometida de cualquier idea generosa y salvadora.

Moisés no debía pasar el Jordan. Debía dejar á la puerta de aquel paraíso su sepulcro y su dictadura. Aquella autoridad omnimoda hubiera sido peligrosa y fatal quizá, una vez aposentado el pueblo. Desde la cumbre de la montaña contempló la tierra que iba á ser de los suyos. Él no gozaría de sus encantos, pero tenía la satisfacción de haberla deparado un pueblo purgado de las barbaries de la esclavitud y educado en los trabajos y en los martirios de la libertad. ¡Qué magnífica debió ser la visión por que debió pasar el alma de aquel hombre, cuando cerrados los ojos del cuerpo, pensase en lo que había visto, en lo que había hecho y en las consecuencias para el pueblo israelita de lo que había hecho! Dios le dijo: Tú no entrarás, y no entró materialmente; pero entró plenamente con el pensamiento y con el corazón. Entrevió los grandes destinos de su pueblo; adivinó que él iba á ser la piedra angular de la idea religiosa; vió claramente que tras su Dios-justicia iba á venir el Dios-amor. Quizá murió soñando con esta idea redentora y civilizadora.

Murió y nadie supo su sepulcro. Tenía mucho de inmortal aquel hombre, y Dios no quiso que los suyos le vieran morir. Él hubiera querido morir en aquella Galaad, cuya tierra perfuma los pies del viajero; dentro de aquella ciudad de las rosas y de las palmas que se llama Jericó; pero Dios no se lo quiso conceder. Su tumba desconocida está envuelta en el misterio que parece rodear á los hombres excepcionales. No murió, desapareció.

Nosotros no hemos examinado á Moisés bajo el punto de vista religioso; los puntos dogmáticos y teológicos los hemos dejado á un lado y hemos pasado adelante. Le hemos juzgado como hombre y como libertador de un pueblo. Moisés es un santo, es un profeta, es un mártir, es todo lo que queráis; pero aun es una cosa tan grande y tan sublime como todas esas; es un período del mundo antiguo, es una época de la humanidad. Sus milagros fueron muchos, pero su gran milagro de hombre fué el haber arrancado á un pueblo de la esclavitud teocrática del Oriente y haberle llevado á través de toda clase de dificultades morales y materiales á un estado social más puro y más perfecto. Después se envolvió en sumanto y murió sin gozar de aquello por que tanto había trabajado. ¡Triste condición de las grandes almas, de los grandes legisladores! Pero no lo extrañamos, que el Dios hombre que debía venir un día, no á destruir, no á dejar entrever el ideal, sino á cumplir la ley de amor,

no tenía que esperar de parte de sus hermanos sino un juicio irrisorio y una muerte infame.»

LOS CONVENTOS.

II.

El monaquismo aniquila la personalidad humana, aniquilando no solo la libertad, sino hasta la voluntad del pobre fraile. Aquello que está encerrado bajo un hábito negro ó blanco, ya no es hombre. Es un ser original, ni hombre ni mujer, que toma chocolate, come y hasta canta si es preciso, pero que se exime en absoluto, ó á lo ménos pretende hacerlo, de las leyes á que viven sometidos los demás mortales. Voluntad, sensibilidad, inteligencia, son cosas, ó proscritas, ó peligrosas en el claustro. El voto de castidad, la santa obediencia, la adhesión irracional y absurda á todo lo irracional y absurdo que han ordenado los Papas mas intransigentes é ineptos, la exajeración de ultramontanismo que les domina, su divorcio de cuanto hay de bello, de útil y de grande en el mundo, son causas bastantes para matar en ellos esas tres grandes facultades del alma. Hablamos de esto á todo placer, como decía Chateaubriand al ir á hablar de Milton.

En otras ocasiones hemos demostrado lo absurdo del voto de castidad, y no hemos de detenernos ahora en esto. Querer violar una ley de la naturaleza; querer sofocar los gritos de un organismo enérgico y poderoso que tiende al esparcimiento de la vida por la procreación, ley de Dios tan santa como cualquier otra; decir á la materia «no lo seas» y al fuego «no quemes», meter á un hombre entre cuatro paredes, sumirle en una soledad desesperadora interrumpida tan solo por visperas, por maitines y por toda clase de prácticas vacías, insulsas y hasta embrutecedoras, y pedirle que su materia no grite y su sangre no chispee, cuando tienen que estar la una y la otra más hirvientes y más escitadas por el mayor reposo de su cuerpo y por el mayor vacío de su alma; decir á un fraile sobre todo «haz voto de castidad y sé fraile», nos parecen la mayor de las locuras nacidas en mente sacerdotal. Así es que los cilicios, las penitencias, los azotes, las flagelaciones del claustro tienen su razón filosófica. No pudiendo vencer la materia era preciso mortificarla para que se callara: no pudiendo apagar el fuego de la sangre, era preciso verterla para que no saltara en las venas. Y sin embargo, como las leyes naturales no pueden violarse impunemente, la corrupción más espantosa brotó al lado de aquel flamante voto de castidad. La Edad Media nos ofrece espantosos ejemplos de esto; la Edad moderna no nos los ofrece menores. Así como Rafael y Murillo murieron por la consunción de la materia en el fuego del amor humano, el fraile muere por la consunción de la materia en el fuego de sus propios deseos. Cuando el Dante, siempre con la herida en el alma de haber perdido á su Beatrice «la bella creatura de blanco vestida», es desterrado de Florencia, anda errante de ciudad en ciudad y las mujeres al verle sombrío, con los cabellos en desorden, dicen: «Ahí vá el hombre que viene del infierno.» Pues bien, en uno de aquellos días entró el poeta en una iglesia y cansado de espíritu y de cuerpo, detúvose en ella hasta la noche. Cuando el encargado de cerrar las puertas llegó á él, el poeta se estremeció, y habiéndole preguntado el primero que qué buscaba allí, el Dante con una vaguedad en la mirada que demostraba la agitación de su espíritu, le contestó: «la paz.» Si al fraile que quiere cumplir con su voto cuando todas las tempestades de la carne surgen dentro de él, le preguntáramos qué es lo que deseaba, estoy seguro que contestaría, con los ojos brillantes y el rostro desencajado como el poeta «la paz.» Los Papas han querido tener un ejército de hombres dispuestos á todo, y para ello les han privado del amor y de la familia. Pero la naturaleza se ha vengado cruelmente y han caído en el escándalo los que han querido eximirse del amor. Y hé aquí como la sensibilidad humana, esa hermosa perla del alma, se vicia, se pierde ó se anonada queriendo violar una ley de Dios.

¿Y en cuanto á la voluntad? ¡Oh! cuantos más lados

del alma del fraile examinamos, más horrible y más desdichado nos parece este. El hombre que es hombre quiere libremente; sus acciones se determinan en la dirección que le marca su libertad aconsejada por su inteligencia; el hombre que es fraile es como el timbre de la voz de su superior, es como un latido del corazón de aquel, es más miserable que el esclavo, porque este lo es á la fuerza y el fraile se ha despojado de la triple corona de su alma, algunas veces por absurdas ideas religiosas, las más de ellas simplemente por un pedazo de pan y la sopa boba del convento. Si el voto de castidad es horrible, ¿qué hemos de decir del voto de obediencia que entrega un hombre maniatado á otro? En los claustros el voto de obediencia se ha sublimado si se quiere sobre el de castidad. Y se comprende la causa. Renunciar á los placeres de la carne, es algo; pero caer en manos de un superior con alma y corazón; abdicar en el juicio, raciocinio, sentimientos, voluntad, ideas, hasta el sentido común, es magnífico, espléndido, raya en el heroísmo. El fraile desde el momento en que hace sus votos renuncia á sí mismo y parece como que dice: «Yo ya no soy yo; mi yo es mi superior,» y en efecto, el alma del fraile ha pasado al panteón del alma de su superior. Por esta razón los libros frailesco y las historias de las diversas órdenes, están llenas de milagros premiando la *santa obediencia*, y castigando duramente á los infractores de ella.

Los anales del Cister cuentan muy seriamente, que allá por los años de 1168, un religioso tuvo la mala ventura de desobedecer dos veces al prior. Cae enfermo, y cuando menos se lo pensaba héte aquí que llegan hasta su lecho dos terribles demonios *spiritus tetiores et draconibus crudeliores*, como dice clásicamente el texto, le arrancan del lecho, se le llevan por los aires, le zarandean largo rato ni más ni menos que los de la venta, y eso que no eran demonios, á Sancho, y después le arrojan á un pantano, donde lo encontraron al otro día en el estado que es de suponer. ¡Grande castigo! añade lacónica y devotamente el analista.

San Francisco de Asís llevóse á la huerta un día dos novicios y empezó á plantar berzas, diciéndoles que hiciesen lo que él hacía. Los novicios observaron que el santo ponía la raíz hacia arriba y las hojas hacia abajo, y chocándoles este singular medio de plantación, uno de ellos se atrevió á decirle: Padre, no se hace así sino al revés. Francisco le mandó levantar, y poniéndole bonitamente de patitas en la calle, le dijo: «Hermano, no sirve para mi orden.» Este hecho pinta toda la barbarie de la santa obediencia conventual. El santo era un loco fanático, y queriendo llevar la obediencia hasta la perfección absoluta, no hacía más que pretender bestializar á cuantos á su alrededor tenía.

Una monja que habiéndola dicho la superiora que el gato sería el que dijera la lección de tinieblas, le coje y le pincha con un alfiler para que maulle y la diga, como cuentan los anales de los carmelitas; otra á quien la superiora dice que vaya á paseo á la huerta con el mulo y se ate á su ronzal y coma con él, y lo hace, como refiere la historia general de los carmelitas descalzos; otras muchas á quienes se envía á comer con los perros y van; un fraile á quien se le dice que ponga la cabeza en un tajo para cortársela, y la pone; otro que se abraza los pies en el fuego porque se lo manda su superior, son ejemplos del envilecimiento en que puede caer el alma cuando abdica de sí misma y se entrega á los absurdos de una obediencia que no es necesaria entre los mismos frailes, sino en cuanto hace una máquina de un hombre y un cadáver de un ser humano.

En el mundo, ese mundo tan ímpio y tan maldecido por los frailes, jamás se ha pensado así. En él, cuando alguien ha tenido la pretensión de que se obedeciera un absurdo, las gentes se han reído y no han hecho caso. En él, lo que la razón rechaza no se hace. Se piensa y se discute y se obra. A la obediencia no se la ha colocado sobre el pedestal de la locura. Y gracias á eso, el mundo ha seguido paso á paso progresando más ó menos, pero progresando siempre; ha seguido los derroteros de la Providencia. La vida contranatural de los claustros, hubiera concluido con el mundo, si el mundo, en su intuición, no se hubiera separado de ella.

A. SANCHEZ DEL REAL.

SAN PEDRO SEGUN LAS SANTAS ESCRITURAS.

Cefas ó Simon Pedro, de oficio pescador, había nacido en Betsaida pobre aldea de Galilea, (San Juan, I, 44) y ejercía el oficio de pescador á orillas del lago de Genesareth, con lo cual sustentaba á su pobre familia. Su hermano Andrés, discípulo de Juan el Bautista, (San Juan, I, 40), le contó las maravillas que éste refería de su maestro Jesús, y aseguróle que era el Mesías que aguardaban hacia tanto tiempo los judíos y que habían anunciado los profetas. (San Juan, I, 41.)

Absorto ante tal noticia Simon (ó Pedro), se encaminó al encuentro de Jesús, que les recibió cariñosamente y mirando á Simon le llamó Cefas, (San Juan, I, 42) (que significa piedra ó roca), quedando al lado del Salvador y haciéndoles sus discípulos. (San Juan, I, 37.)

El carácter de Pedro conservó mucho de la incredulidad judía, aun en medio de sus creencias cristianas: era una mezcla del hombre viejo y del nuevo, del incrédulo y del creyente, que así duda al cruzar las aguas del Tiberias, (San Mateo, XIV, 28 al 31) y no se sumerge, gracias á la mano de Jesús, como corta la oreja al criado de Caifás, (San Mateo, XXVI, 54; y San Marcos, XIV, 74) cómo niega por tres veces á su Divino Maestro, (San Mateo, XXVI, 69 al 74) cómo se arriesga con heroico valor á predicar el Evangelio. (Hechos apostólicos, II, 14.) Cuando varios de sus discípulos abandonaban á Jesús, les dice este: ¿queréis irós también vosotros? Pedro esclama con grande resolución: Señor: ¿A quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. (San Juan, VI, 66, 68.) En otra ocasión San Pedro hizo otra confesión igual á Jesús, la que le valió que Jesús pronunciara aquellas palabras tan célebres: Bienaventurado eres, Simon, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre; mas mi Padre que está en los cielos. Mas yo también te digo, que tú eres Pedro; y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Y á tí daré las llaves del reino de los cielos; y todo lo que ligares en la tierra, será ligado en los cielos; y todo lo que desatares en la tierra, será desatado en los cielos, (San Mateo, XIV, 18 y 19).

La Iglesia romana y sus teólogos han querido sacar partido de estas palabras de Jesucristo, diciendo que había elegido á Pedro de entre sus discípulos para gobernar la Iglesia y crear el Pontificado, asegurando que dichas palabras eran el testamento de Jesús. El Papado ante Jesucristo, ha refutado victoriosamente semejante aserto con datos irrecusables y textos sagrados importantísimos.

Cristo no textó, porque no texta el que vive, y Cristo es Dios vivo, como lo prueban las palabras de Jesús: Yo soy el camino, la verdad y la vida. (San Juan, XIV, 6).

Cristo no textó, como texta el sacerdote temporal; porque Cristo es el sacerdote eterno.

Cristo no textó, y no textando Cristo, nadie puede hacer lo que no hizo el Mesías. La epístola ó carta de San Pablo á los Efesios, capítulo II, versículo 20, dice: «Edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo, como si hubiera dicho sobre mí mismo, que soy la principal piedra angular.» Y por si el testimonio de San Pablo no bastara, oigamos lo que dice el mismo Jesús á Santiago y Juan: (San Marcos, cap. X vers. 42 al 45). Mas Jesús llamándoles les dice: «Sabeis que los que se ven ser príncipes entre las gentes se enseñorean de ellas; y los que entre ellas son grandes, tienen sobre ellos potestad. Mas no será así entre vosotros; antes cualquiera que quisiere hacerse grande entre vosotros, será vuestro servidor. Y cualquiera de vosotros que quisiere hacerse el primero, será siervo de todos. Porque el Hijo del Hombre tampoco vino para ser servido, mas para servir y dar su vida en rescate por muchos.»

Pues si Jesús no vino á ser servido, sino á servir, ¿cómo los que se llaman sus representantes en la tierra, se atreven á mandar, y en lugar de servir, toleran ser servidos?

Esto dijo Jesús la víspera de su pasión, cuando los apóstoles disputaban en su presencia sobre cuál de ellos había de ser el mayor, y cuando no lejos de aquel lugar le esperaban la cruz y el martirio. (San Lucas, IX, 46, 47 y 48). Debemos creer, por tanto, que si á San Pedro le hubiera concedido Jesús la supremacía de que

hablan los teólogos romanos, en aquel momento, y ante la contienda que sostenían sus discípulos, se lo hubiera declarado el Maestro, y no hubieran sostenido tal contienda. ¿Lo hizo así? No. ¿De quién, pues, ha recibido semejantes poderes esa curia romana? ¿Quién la ha concedido tal autoridad para crear esa soberanía pontificia, rechazada por tantos varones eminentes, gerarquía eclesiástica, que lo es todo menos la representación de Cristo sobre la tierra, y contra la cual protestan tantos cristianos, grandes por su saber, por su virtud y su fe?

¿Qué hay de comun entre Cristo y el Papa, y en qué se parecen Jesús y el Pontífice?

(Se continuará.)

PEDRO CISNEROS.

EL EVANGELIO.

Para apreciar en lo que vale el Evangelio, es preciso haberle experimentado personalmente.

El Evangelio es el libro al que siempre se vuelve; el libro que nada suple; el libro de los dichosos, como de los desgraciados, que tiene una pabra que decir á todos en todos los estados, que siempre es sencillo y siempre profundo, que nos excede y nos sobrepuja en todo, por más que esté siempre á nuestro alcance. Es el libro que los ignorantes comprenden y que no agotarán nunca los eruditos.

En los países de la Biblia, el libro por excelencia se encuentra hasta en las chozas más pobres; á causa de este libro se aprende á leer; por este libro se abren escuelas en las que se da más que una mera instrucción; por causa de este libro hay almas libres, hay pueblos libres, existe la libertad.

Somos *amados*, ese es todo el dogma del Evangelio: tenemos que *amar*, esa es toda su moral.

Este resumen del cristianismo hace comprender todo su alcance, y vemos la significación que tiene el sacrificio de Cristo, manifestación suprema del amor Divino. También vemos cuán radical es el cambio de que necesitamos, por la fe en el sacrificio de Cristo, puesto que por él debe ser vencido el egoísmo, y que el amor hacia Dios y los hombres penetre por completo en el corazón.

El Evangelio no es solamente el perdón de Dios. También el deísmo nos presenta un Dios que perdona, pero un Dios inerte en su bondad, un Dios impasible y sin amor.

El perdón por la inmolación, ese es el Evangelio. Dios no solo perdona, sino que se da á sí mismo; es decir, que en vez del perdón tenemos también el amor. Distingamos cuidadosamente entre las ideas tan vagas y flojas del Dios bueno, del Dios Providencia, del Dios que recomienda la moral, del Dios, en fin, como nos le representa el deísmo y las revelaciones del cristianismo sobre el mismo asunto.

El perdón divino del deísmo á nadie conmueve, pues no se ama á quien no ama; no se ora á un Dios impersonal, á un a causa primera, á un ser indiferente, helado, que ni tie ne odio al mal ni cariño á sus criaturas.

En presencia del Dios que se sacrifica á sí mismo, que ama hasta dar á su Hijo, que mantiene los derechos de la justicia, que por sí mismo paga el rescate de los pecadores, que otorga gracia, pero que quiere que la fe produzca la santidad; nos encontramos trasladados de una región fría á una región templada, á la región de la justicia y del amor. Así nace la oración el trabajo interior de la regeneración, la transformación absoluta de nuestro ser, el amor de Dios y de los hombres; de ahí procede, finalmente, la moral superior. Todo cambia cuando hemos encontrado en Jesús un Salvador y al mismo tiempo un amigo y un Dios. En lugar de creer que el hombre es bueno, pero imperfecto, sabemos que el hombre malo está perdido; en lugar del olvido de los pecados, necesitamos una gracia plenaria; en lugar del perfeccionamiento de nuestra naturaleza, es preciso procurar un cambio absoluto. No es solamente un perdón indiferente el que obtenemos por los sufrimientos de Cristo, sino la expiación completa, el goce del amor mismo de Dios. No se trata ya de enmendarse, sino de

convertirse y santificarse. Los derechos y el nivel de la justicia han sido mantenidos, puesto que la pena del pecado ha caído sobre el Hijo de Dios, y el corazón creyente ha sido quebrantado. Al saber que ha sido amado de tal modo, es preciso que ame á su vez. Por eso no se trata ya de casuística, ni tampoco de ascetismo, sino de aquella moral superior que trasforma la vida sin mutilarla y que hace todas las cosas verdaderamente nuevas.

¿No sentís cómo la salvación por Cristo enciende en nosotros la sed de la justicia? En vano se nos hablaría del perdón si se nos dispensara de la santidad. Necesitamos de la santidad; el malo que está en nosotros nos oprime y nos consume; anhelamos obtener el rescate, y no comprendemos lo que sería un cielo en donde se pudiera entrar con todas las manchas del alma.

Tales el efecto de la gracia gratuita; para creer en ella es preciso sentir muy profundamente nuestro pecado, y cuando sabemos odiar nuestro egoísmo, nuestro orgullo y hasta el más leve pecado, entonces ha principiado en nosotros la obra de la regeneración, y ha principiado muy de veras.

El Evangelio rechaza muy lejos de sí esa cobardía que consistiría en apropiarse el perdón de Dios sin aspirar á la santificación.

Obrar su salvación; esta palabra no es cristiana, y sin embargo espresa en su egoísmo piadoso (si puede decirse así) la religión de gran número de personas. Apropiarse la gracia, complacerse en la paz, creer y hacer lo que asegura su salvación propia, tal es su cristianismo. Pero no fué así con los apóstoles, que decían que sin la santificación ninguno verá el Señor.

Lejos de ser un modo de salvación favorable á la pereza moral, la fé que nos justifica gratuitamente también nos trasforma por completo. Entre la renovación de nuestro corazón y su purificación, la fé no deja lugar para los cálculos mezquinos de una salvación que dispense del trabajo y de la lucha.

¿Dónde, fuera del Evangelio, se encuentra una doctrina que ponga tan alta la cuestión moral y con una firmeza tal?....

A. DE GASPARIN.

MEDITACION.

(LA FELICIDAD.)

¡Oh!... ¡Cuánto tiempo que no te veo!...
Es mi deseo
Volverte á ver;
¿Por qué te ocultas?... ¿En donde estás?...
¿Es mi destino no verte mas?...

En los palacios y en las cabañas,
Y en las montañas
Tu sombra ví.
En mi delirio, yo te llamé,
Y el eco dijo: ¡Se fué... se fué!...

Seguí anhelante, pedí á mi estrella
Hallar tu huella,
Pero... ¡oh dolor!
Cuando me hallaba cerca de tí,
Me decía el eco: ¡huyó de aquí!

Crucé los mares, ví otras riberas;
De las palmeras
La sombra hallé.
Y á tiernas aves las ví anidar
Entre las ramas del azahar.

¡Feliz la tierra que en sus senderos
Los limoneros
Sus frutos dan!...
Tienen sus noches sueños de amor,
Tienen sus astros más resplandor.

En aquel sitio de verdes lomas,
Donde hay palomas,
Flores y luz...

Entre sus bosques, yo te busqué;
Pero fué en vano: no te encontré.

Dejé con pena mis soledades:
Grandes ciudades
Volví á cruzar;
Mi voz doliente por tí clamó;
Mas siempre el eco, me dice: ¡huyó!...

Pero una sombra hácia mí viene,
Y se detiene,
¡¡¡Siento pavor!!!
Mi mano estrecha: ¡Cielos! ¡piedad!!!
En helado acento dice: escuchad:

—¿Qué es lo que buscas con tanto empeño?...
¿Por qué tu sueño
Turbado está?
¿Por qué tu acento llega hasta Dios?
¿De qué imposible corres en pos?

De mí no temas, soy tu consuelo:
Soy el que velo
Por tu existir.
¿Qué es lo que buscas en tu orfandad?...
—Eso que llaman *felicidad*...

—¿Por eso ruegas con tanto empeño,
Y de tu sueño
La paz huyó?
—Tras de ese anhelo siempre viví,
¡Bello fantasma que en sueños ví!

—¿Cómo has de verle si tu ignorancia
Fijó distancia
Que no existió?
Si eso que llamas dicha ideal,
Duerme en tus brazos, ¡pobre mortal!

Pues cuando naces, nace contigo,
Vive á tu abrigo
Y á tu calor,
Y en tanto buscas con frenesí
A la que vive dentro de tí.

Si te contentas con lo que tienes,
Preciados bienes
Siempre tendrás;
Pero si abrigas torpe ambición,
Se hará pedazos tu corazón.

Fija en la tierra tu débil planta,
Pero levanta
Tu vista á Dios;
Porque este mundo... tan solo es
Ceniza y polvo, que hollan tus pies:

Frágil materia que con la muerte
En masa inerte
Se trocará;
Y tanta gala, tanto festín...
Quedará en nada. ¡¡¡Qué triste fin!!!

En cambio el alma que á Dios se eleva,
La vida lleva
Dentro de sí;
Porque la tierra dá perdición,
Y el cielo otorga la salvación.

De esas dos sendas sigue el camino,
Que al Ser Divino
Te llevará,
Y si en Él cifras toda tu fé,
Dirás mañana: la *dicha* hallé...

Y en los palacios y en las cabañas,
Y en las montañas
Encontrarás...

No de las sombras negro capúz,
Sino torrentes de eterna luz.

Fuego sagrado que nunca quema,
Piedad suprema,
Foco de amor,
Donde se encuentra la realidad
De eso que llaman... *felicidad*.

VIOLETA.

CATOLICIDAD DE LA IGLESIA ROMANA.

Uno de los orgullos del catolicismo romano es precisamente su propio título en catolicidad, es decir, en el sentido que ella dá á esta palabra, su universalidad. Entre los antiguos cristianos, catolicidad no significaba universalidad, sino que significaba ortodoxia y pureza en la fé. En este sentido los primeros cristianos hablaban en general de iglesias católicas.

Aun cuando el catolicismo pudiera reivindicar para sí solo el título de «universal», lo que no es posible, nada habría adelantado por esto. ¿Sería más pura, más evangélica, más cristiana su doctrina, porque fuese mayor que el de otra religión cualquiera el número de sus adeptos? Y después de todo, es históricamente sabido que este título de universal le debió la Santa Madre Iglesia á una de las munificencias de Teodosio. *Hanc legem sequentes christianorum catholicorum nomen jubemus amplecti*, se lee en el Código Teodosiano. La Iglesia nestoriana, en Oriente, desde el siglo V, las Iglesias griegas de Constantinopla y Alejandría también se llamaron universales, y en verdad que con un título no menor que el de la Iglesia romana.

Desde el momento en que la misma Iglesia romana reconoce que hay otras Iglesias, ya ha dejado de ser universal. Decir universalidad es decir totalidad. Sería graciosa, á ser posible, la disputa entre los diferentes reyes del mundo, que gobernando cada uno en su territorio quisiesen todos ó uno de ellos abrogarse el título de «rey universal». Más derecho, hasta cierto punto, tiene la Iglesia griega á llamarse católica, porque su Pontífice ha estado siendo llamado por espacio de más de 900 años Pontífice universal.

Ha habido un tiempo en que las Iglesias de Siria y Egipto y otras estaban conformes con la Iglesia romana. Dejaron de estarlo y dejaron de compartir con la Iglesia romana el título de universal. ¿Y por qué? Porque catolicidad significaba para ella ortodoxia y una fé pura igual en todos. No siendo ya la fé igual en todos, el nombre estaba demás.

Y si el título de universal se le arrogase el catolicismo por el número de sus adeptos, ¡cuánto habría que decir sobre este punto! Tan lejos está de esto el romanismo, que cualquier religión pagana, el budismo, por ejemplo, cuenta con mayor número de adeptos que él.

No quiere desengañarse el catolicismo, y esta es su ruina. No son los títulos ni los nombres los que hacen mejor ó peor una institución ó una religión. No, la pureza y la verdad han de estar en sus doctrinas. Llámese como se quiera una religión, tenga muchos ó pocos adeptos, si no tiene á Cristo, nada tiene. Tenga el catolicismo á Cristo y engállese después con todos los títulos que quiere.

PRETENDIDA ANTIGÜEDAD DEL CATOLICISMO.

Entre las varias muestras que, según los católicos romanos, hay para reconocer la verdadera Iglesia, una de ellas es la antigüedad. Su Iglesia, dicen, es la más antigua de todas. En efecto, sería la más antigua de todas, si sus enseñanzas fuesen conformes á las de los apóstoles; pero como quiera que esto no solo no es así sino que hay doctrinas introducidas en ella hasta en nuestro mismo siglo y hasta en nuestros días, resulta que ni tiene tal carácter ni hace ella siquiera por tenerle, rechazando toda innovación que no sea conforme y ordenada en sus principios.

¿En qué Iglesia de los primeros tiempos se excluía

á los fieles de la participacion del cáliz de la sangre de Cristo? ¿En qué Iglesia de entonces se hablaba á los cristianos en una lengua muerta é ininteligible para ellos? ¿Dónde se hacia ir á los primeros creyentes á arrodillarse delante de un confesonario de madera y á contar á un hombre los secretos más recónditos de nuestra alma y los pecados que solo deben descubrirse á Dios? ¿Cuándo se le ocurrió á ningun obispo de aquella edad abogar por los difuntos encerrados en un supuesto purgatorio? ¿Dónde estaban entonces los relicarios, los *agnus Dei*, el agua bendita y las indulgencias que han producido tantos millones de millones? ¿Dónde estaban entonces los rosarios, los cultos á los santos, las letanias, los jesuitas, la Inmaculada Concepcion y la infalibilidad pontifical? Si en aquellos primeros tiempos la Iglesia de Jesucristo no tenia ninguna de estas cosas, prueba es de que ella no es la verdadera, puesto que las tiene, y no posee la antigüedad, pues todas esas cosas y prácticas son muy posteriores á Jesús, y han ido siendo inventadas segun las humanas necesidades del catolicismo.

Mucho se afanan los católico-romanos por dar á su Iglesia la aureola de la antigüedad, pero es en vano. Sus prácticas han ido naciendo una por una en distintos siglos. Y en todo caso, aunque tuvieran cien mil años, ¿dejarían por eso de ser menos falsas, menos erróneas, menos opuestas á la Palabra de Dios? Ya en los tiempos de San Pablo empezaba á hacerse sentir la corrupcion de la Iglesia, lo que hacia decir al buen apóstol, que «desde su tiempo se tramaba el misterio de iniquidad.»

Si hubiera de ser un argumento de gran fuerza, que no lo es porque la antigüedad de una cosa nunca prueba nada, nosotros compararíamos la antigüedad de las Iglesias, y claro está que la Iglesia romana no sería la que mejor librada saliese de ella. La Iglesia griega condenada como herética y cismática por la Iglesia romana, es más antigua que esta. Los apóstoles predicaron antes á los griegos que á los latinos, y hacia mucho tiempo que habia ya Iglesias griegas cuando el Evangelio fué predicado en Italia. Los Evangelios primero se tradujeron al griego que al latín, y ciertos términos como «Bautismo, diáconos, Eucaristía,» son palabras griegas y no romanas. La Iglesia misma de Siria es aun más antigua que la romana, y ella no acepta para nada al Papa ni al romanismo. Las Iglesias Evangélicas mismas son más antiguas que ella, porque su raíz, su fundamento es Jesucristo mismo, y las enseñanzas de los apóstoles; y el catolicismo se ha ido formando con errores torpemente deducidos.

Si á la Iglesia romana no le queda ni su inmutabilidad ni su antigüedad, ni la Palabra de Dios porque la corrompe y la vicia, ¿qué le queda? Su endurecimiento en el error y esta cualidad vale por todas.

SOCIEDAD BÍBLICA.

De nuestro apreciable colega *El Cristiano*, tomamos los siguientes pormenores acerca de la Sociedad Bíblica:

«Las siguientes indicaciones servirán tal vez para explicar lo que á muchos les interesa saber más de cerca, es decir, la historia y la constitucion de esta Sociedad y los objetos que se propone cumplir.

La Sociedad Bíblica se fundó en Lóndres en el año 1804, siendo fundadores unos pocos cristianos que se reunían en una casa particular para orar á Dios y considerar los mejores medios de hacer llegar la pura Palabra de Dios á las manos y á los corazones de cuantos en aquel país todavía la ignoraban, y llevarla tambien á los muchos que, en otros países, apenas sabían que Dios habia hablado á los hombres por medio de sus profetas y apóstoles.

Guiados por tan santo deseo convinieron en formar una Sociedad que se sostuviera por los donativos que Dios tuviera á bien mandarles por medio de almas caritativas, siendo el único y exclusivo objeto de aquella Sociedad «promover la discusion de las Sagradas Escrituras, sin anotaciones ni comentarios,» tanto en las islas Británicas como en otros países, sean cristianos, mahometanos ó paganos.

Por sus Estatutos quedaba la Sociedad sin facultad para ocuparse en otra cosa, por buena que sea, de manera que ni en la predicacion, ni en la construccion de templos, ni en la enseñanza, ni en la impresion de libros religiosos, más que la Biblia, puede la Sociedad invertir sus fondos.

En cambio todo lo que tiende á favorecer la difusion de las Escrituras está dentro de las facultades de la Sociedad Bíblica, y por consiguiente se ocupa tanto en la traduccion y la impresion del texto sagrado, como en su venta á precios reducidos y en el colportaje, ó sea la expendicion de la Biblia por los pueblos mediante sus agentes que se dedican á esta árdua tarea.

Durante los sesenta y ocho años que cuenta de existencia la Sociedad, Dios ha bendecido sobremanera el cristiano pensamiento de sus fundadores de difundir por todo el orbe la benéfica luz de su Palabra. Las almas cristianas han suministrado los recursos necesarios y de 50 traducciones de la Biblia que existían entonces, se ha aumentado á 202 el número de idiomas á los que ya está traducida; y puesto que en algunos idiomas se ha hecho más de una traduccion, el número de versiones de las Escrituras completas ó en parte, cuya impresion es debida directa ó indirectamente á la Sociedad Bíblica, asciende el día de hoy á 255. Son más de 30 los idiomas que han sido por primera vez reducidos á escrito, es decir, á los que se ha dado un alfabeto y ortografía para poder dar á los pueblos que tales idiomas hablan, la Palabra de Dios.

Se calcula que cuando se fundó la Sociedad Bíblica en 1804, la existencia total de Biblias en todo el mundo no excedía de 4 á 5 millones de ejemplares. A esta fecha han salido de los depósitos de dicha Sociedad 65 millones de Biblias, Nuevos Testamentos ó porciones separadas; y de los de otras Sociedades Bíblicas que se han fundado despues, han salido 46 millones; de manera que de la Biblia entera ó en parte, 111 millones se han puesto en circulacion en diferentes partes del mundo desde principios de este siglo, como fruto del pensamiento cristiano y de las oraciones de aquellos pocos que se reunían en nombre del Señor.

En España, durante el año pasado, las expendiciones subieron á 40.864 Biblias, 9.444 Nuevos Testamentos y 67.587 Evangelios, mientras otros numerosos ejemplares han sido puestos en circulacion por manos de cristianos particulares.

Apenas hay nacion en Europa, en el Asia, en Africa, en América ó en Oceanía, por remota que sea, á donde no se hayan llevado las palabras salvadoras del Evangelio. ¡Dios haga descender un abundante rocío de su Espíritu para que aquella Palabra de salud se lea, se crea, y que los hombres, por medio de ella, conozcan á Jesucristo y se salven!

NADA ES LA VIDA.

Pensamiento que te agitas
En el fondo de mi mente,
¿Qué quieres, di?
¿Porqué lloras? ¿porqué gritas?
¿Qué dices eternamente
Dentro de mí?

Tus ansias, tus inquietudes,
Oh, alma, y tus amarguras
Dí, ¿por qué son?
¿En todo amor que no eludes
Y en todo cáliz que apuras,
¿No hay amargor?

¿Por qué una vez obtenido
Profundamente te hastía
Ya lo de ayer?
¿Por qué el triunfo conseguido
Ya no apaga al otro día
Tu ardiente sed?

Quimeras los desvaríos,
Quimeras las ilusiones
Eso y no más.

Cual las aguas de los rios,
Así corren las pasiones,
Así se van.

Palmera que toca al cielo
Y viene un viento y la arranca,
Eso el hombre es.
Agua que fecunda el suelo
Y luego á poco se estanca,
Leche con hiel.

El hombre en vano se afana
Por las cosas de la vida
Que nada son.
Es rosa que en la mañana
Levanta su frente erguida
Y muere al sol.

La juventud con sus risas,
La vejez con su amargura,
Todo se vá.
Se concluyen las sonrisas,
Se concluye la tristura,
Adios, afán.

Descorre tus nubes, cielo,
Y déjanos ver las salas
De tu mansion.
Dios está tras ese velo;
Alma, despliega tus alas,
Vamos á Dios.

A. SANCHEZ DEL REAL.

PENSAMIENTOS ACERCA DE LA ORACION.

«De cierto, de cierto te digo que todas las cosas que pidieres al Padre en mi nombre, dice Jesús, Él os las dará.» Apoderaos de esta promesa y grabadla en vuestro corazón, porque está apoyada en un doble juramento. ¡Qué eterno motivo de vergüenza y confusion será para nosotros si rehusamos orar! Qué diremos delante del Tribunal de Dios cuando se nos pregunte: ¿Has orado alguna vez á tu Padre celestial con un corazón conmovido y lleno de confianza, para glorificar su nombre? ¿No sabes cuán categóricamente yo lo habia ordenado, é ignoras que habia prometido solemnemente escucharte si orabas con el corazón? Despues de esto, es necesario sujetarse á su juicio y sabiduría acerca del tiempo en que Él juzgará oportuno escucharnos, y de los medios que empleará para hacerlo, sin dudar nunca de su socorro, aun cuando no comprendais como puede Dios salvaros.»

LUTERO.

«Mantengamos firmemente este principio: no se ora bien, sino cuando se ha leído bien la Palabra de Dios.»

CALVINO.

«Entre las más elegantes formas de la vida de los insectos, dice Hamilton, admiran los naturalistas á un pequeño animal á quien el Creador ha concedido el poder de rodearse de aire como de un velo, para bajar así envuelto hasta el fondo de los estanques sin que sienta jamás el contacto del agua. Se puede ver al amable pequeño insecto bajo su transparente vestido, ir á derecha é izquierda en el elemento líquido, siempre seco y siempre á sus anchas.

Es igual para él que el agua que le rodea sea amarga ó esté en estado de descomposicion. Protegido por su ropaje de cristal, no puede sufrir en modo alguno. El aire que respira es siempre el aire de los cielos, por más que se halle en el fondo de un estanque trasparente ó de un charco inmundo.

Hé ahí la Iglesia, digo á mi vez, hé ahí la Iglesia de Cristo en medio del mundo.

Hé ahí el alma cristiana en medio de todas las situaciones y de las aguas más impuras. La oracion os revestirá por el espíritu de Dios, de una atmósfera celeste.

tial para que bajeis sin experimentar mal alguno en medio de las ondas malhechoras.

La oracion os envolverá en una atmósfera transparente que el mundo no puede ver; pero que no dejará de protejerlos contra las amarguras del siglo y sus impurezas.

La oracion os enseñará á subir hasta el cielo para renovar vuestra provision de ese aire vital que dá prosperidad al alma y renueva las fuerzas á cada instante.

L. GAUSSEN.

La oracion es no solamente un deber y un privilegio, forma tambien parte del sacerdocio cristiano.

No sabría recomendar lo bastante, consagrar á la oracion las primeras horas del dia. La hora del alba es la hora de oro. Despues hay en el espíritu así como un ruido de todas las ideas exteriores é interiores. Al alba nada ha precedido nuestras impresiones, y nada nos embaraza. Esa era la hora del rey-profeta que decia: «Desde por la mañana me prepararé y miraré hácia tí.»

A. VINET.

UNA ALDEA ORIENTAL.

Jericó era una ciudad de la tribu de Benjamin, situada á dos leguas del Jordan y á siete aproximadamente de Jerusalem. El camino desde esta ciudad á Jericó, era pedregoso y solitario. En este camino ha colocado Jesús la escena tan tierna como conmovedora del buen Samaritano y del judío herido, que sus compatriotas abandonaban.

Los alrededores de Jericó, verdadero oasis en medio de las ardientes arenas del desierto, producian rosales, palmeras, bálsamo y miel. El clima era delicioso. Josué la destruyó y bajo penas muy severas prohibió volverla á construir. Esta prohibicion estuvo siempre en vigor mientras que los israelitas habitaron en el pais: solo se permitieron levantar un pequeño pueblo no lejos de Jericó, que sirvió de lugar de recreo á varios reyes. Achab lo fortificó y Herodes construyó en él un soberbio palacio. Este es el Jericó del Nuevo Testamento que es necesario no confundir con el antiguo Jericó. Jesús hizo en Jericó varios milagros y visitó á Zaqueo. Hoy queda en el lugar que ocupó Jericó una pequeña aldea que es lo que representa el grabado que publicamos.

VARIEDADES.

LOS MORALES DE SAN GREGORIO.

En 18 de Octubre de 646 se abrió el sétimo Concilio Toledano. En él se ordenó, á instancias del rey Chindasvinto, que Tayo, obispo de Zaragoza, fuese á Roma á buscar los libros de *Los Morales de San Gregorio*, que no se encontraban. Cuéntase que estando el prelado en Roma muy desconsolado por no tener noticia de dichos libros, se quedó dormido una noche orando en la iglesia de San Pedro y San Pablo, y vió entrar por la puerta del templo á media noche muchos santos de dos en dos, llenos de resplandores, y con vestiduras blancas, de los cuales se apartaron dos, y acercándose á Tayo, que estaba muy asombrado, le dijeron:

—Esta procesion que ves es de San Pedro y San Pablo y los demás Pontífices santos que les sucedieron en la Silla Apostólica, y yo soy San Gregorio, por cuyos libros has hecho tu viaje desde España.

Esto le dijo Gregorio, enseñándole el sitio donde estaban los Morales que buscaba. Preguntóle entonces el obispo:

—¿Y cuál de estos es el glorioso San Agustín, cuyas obras tambien estimo mucho?

—Agustín, por quién preguntas, no está aquí, y tiene lugar más alto.

Un poco torpe estuvo el venerable obispo Tayo en preguntar por San Agustín, cuando le habian dicho antes los dos individuos que salieron de las filas, que allí no iban mas que los Pontífices que eran santos.

Centellas, en su *Guirnalda mística*, y Camargo, en

su *Epítome historial*, 1628, ambos frailes, ponen en latin la respuesta dada á Tayo por San Gregorio, diciendole que son las palabras formales:

Beatum Augustinum, virum excellentissimum (de quo quæris) altior á nobis continet locus.

Qué tal los dos frailes?—De lo dicho se deduce que todavía hablan en latin, despues de muertos, los Papas que van á la gloria.

LO QUE SE LLAMA UNA GANANCIA LOCA.

En 1844, se imprimió en Madrid, en la imprenta de la Sociedad bibliográfica, un diminuto librito intitulado:

«Nueve oraciones de San Gregorio, Pontífice romano, en reverencia de la Sagrada Pasion y Muerte de Nuestro Redentor Jesucristo.

«A estas nueve oraciones de San Gregorio, concedió este santo Pontífice, y lo ratificaron otros muchos, rezando al fin de cada oracion un Padre Nuestro, Ave-Maria y Gloria Patri, cada dia rezadas, catorce millones ciento ochenta y cinco mil ciento cuarenta y nueve años de indulgencias. Dichas en los viernes se ganan dobles. Y dichas en Viernes Santo ocho indulgencias plenarias. Hagamos este obsequio á las ánimas.»

¿No es verdad, hermano lector, que es lo que se llama una ganancia loca la de VEINTIOCHO MILLONES TRESCIENTAS SETENTA MIL DOSCIENTAS NOVENTA Y OCHO INDULGENCIAS, amen de las plenarias, cuyo valor en el mercado no sabemos á cuánto asciende?

Véase aquí una manera pronta y eficazísima para apagar las llamas y dejar desahogado el Purgatorio en poco tiempo, si pusiesen manos á la obra un millon de viejas católicas rezadoras, y se diesen cada viernes un atracón de *Paternosters*.

REMEDIO INFALIBLE CONTRA LAS LOMBRICES.

Se dá generalmente el nombre de lombriz á una especie de ascáride que se encuentra con frecuencia en los intestinos del hombre y de los animales, y muy especialmente en los niños.

Varios son los remedios antielmínticos ó contrarios á las lombrices que se encuentran en los tratados de materia médica, pero de seguro que no hallarán los lectores el siguiente que hemos visto aplicar alguna que otra vez en pueblecillos de Andalucía, y de cuya receta conservamos un ejemplar impreso que dice así:

Oracion á San Antonio de Pádua contra las lombrices. Se ha de decir tres veces á la criatura.

«Potestas Dei Patris, + Sapientia Dei Filii, + Virtus Spiritus Sancti + liberet te, & sanet te ab infirmitate Lumbricorum, & statim exeant de corpore tuo, & convertantur in aquam in honorem S. Antonii de Pádua confessoris: dum appropriant super te nocent, ut ædant carnes tuas ipsi infirmatis sunt, & ceciderunt. Fiat, + Fiat, + Jesus Mariæ Filius sit tibi clemens, & propitius. Amen.»

Siendo la ténia ó lombriz solitaria un animalito que hace bastantes estragos, creemos que los médicos, en vez de recomendar al presente la pocion del Kouso ú otro medicamento enérgico, deberian recetar una buena dosis de la antedicha oracion, por supuesto en latin para mayor eficacia, hasta que saliese el bicho convertido en agua en honor de San Antonio de Pádua, confesor.

A. MARTINEZ DEL ROMERO.

LAS BRUJAS DE ZUGARRAMURDI.

El poder que se conferia á los neófitos brujos dándoles aquel sapo, era infernal. Por medio de aquel inmundito animalucho se conferia un poder casi sobrenatural, pues el neófito podia ya volar por los aires, andar largas distancias sin fatiga en poco tiempo, ser invisible cuando le acomodase, convertirse en la persona y tomar la figura que más le agradase, y hacer mal á cuantos se le pusiera en la mente. Sin embargo, el sapo

no se le confiaba del todo al nuevo convertido, sino a padrino ó madrina, rogándoles que solo se le entregasen al primero cuando creyesen poder fiarsele. El oficio del sapo era despertar á su dueño si dormia cuando llegaba la hora de ir al aquelarre, ó de avisarle si se olvidaba de ello, para evitar los castigos que de otro modo le daría el demonio.

Llegaba un momento en que el que iba á profesar en la secta habia hecho tantas y tantas maldades contra la religion católica, que el padrino se creia ya obligado á manifestárselo al demonio. Se lo decia en efecto, y le contaba las mayores, y poco despues, no dejando ya duda de su apostasia del catolicismo, profesaba. Echábale entonces su bendicion el demonio con la mano izquierda, haciendo círculos de derecha á izquierda como para devanar hilo al revés, y entonces era cuando el padrino le confiaba el sapo maldito.

Varios eran los modos de aumentar la secta; pero el más usual era el de llevar niños menores de seis años á las reuniones en que habia baile con tamboril, gaita ó dulzaina. Los niños se divertian y se aficionaban á las reuniones. Pero como era peligroso que conociesen los secretos del brujismo, habia un alcalde de niños, el cual se colocaba con ellos á respetuosa distancia, de modo que no viesen lo que hacian los brujos grandes con el demonio. A los niños no se les pedia apostasia sino cuando habian llegado á la edad de la razon. Entonces se les dejaba ver algo con cautela, y observando en ellos verdadera inclinacion, se les proponia mutacion de fé y entraban novicios.

Para asistir á los aquelarres se untaba el brujo con agua vomitada por el sapo, el cual la espelia del siguiente curiosísimo modo: el brujo poseedor de él, le daba bien de comer durante cierto tiempo, y le azotaba despues con una varilla, hasta que el demonio morador de él decia: «Basta, ya está hinchado.» Dicho esto, el brujo apretaba el sapo contra el suelo, hasta ver que el animal hacia movimientos como para expeler algo. Entonces le cojia y le ponía la cabeza á la boca de una olla ú otra vasija cualquiera donde arrojase lo que habia de expeler. El sapo arrojaba un agua súcia y verdinegra, la cual habia de conservar mucho el brujo, pues servia para untar las plantas de los pies, las palmas de las manos, la cara y el pecho, untura con la que el brujo quedaba habilitado para viajar por los aires, siempre, se entiende, en compañía de su sapo.

En ocasiones, cuando el brujo viajaba, solia ir el sapo delante de él y dando saltos tales, que adelantaban enormísimas distancias. Esto era de noche, pues de dia el sapo tenia que presentarse en la casa comun de su custodia.

La facultad de confeccionar venenos y drogas ponzoñosas, no era propia de todos los brujos: el demonio se la concedia por gracia especial á los que queria. La cosa se hacia de este modo: designábales el demonio el sitio en que habian de buscar sus ingredientes, que eran sapos, culebras, lagartos, lagartijas, caracoles y ciertas plantas. Lo presentaban todo al demonio y él lo echaba su bendicion. Los brujos desollaban todos aquellos animales con sus propios dientes, y el demonio les ayudaba; los hacian trozos antes de que muriesen, los mezclaban en una olla con huesos pequeños y sesos humanos arrancados á los cadáveres que se encontraban en las sepulturas de los templos; echaban el agua verde de los sapos, y lo cocían hasta la calcinacion. Reducian esto á polvo, y resultaba una especie de ungüento ponzoñoso, mortal para aquel á quien de algun modo se le aplicaba.

(Se continuará.)

UNO EN TRES, TODO EN UNO.

Preguntaban á un estudiante cuáles eran las tres cosas que con más anhelo deseaba poseer, y él respondió: «Libros, salud y tranquilidad.» Un avaro á quien se dirigió la misma pregunta, exclamó: «Dinero, dinero, más dinero, siempre dinero.» A su vez fué interrogado un mendigo que dijo débilmente: «Pan, pan, pan.» Despues de eso, un borracho contestó: «Vino, vino, vino.» La muchedumbre dejó oír un clamor confuso y prolongado en el que se distinguian las palabras «riquezas,

honores, placeres.» Llegó, por fin, el turno á un hombre pobre, pero cristiano y sencillo, que contestó que todos sus deseos se referían á Jesucristo. Le dijeron que se explicase. «Hay tres cosas que deseo más que todo, dijo: la primera es pertenecer á Jesucristo, la segunda asemejarme á Jesucristo y la tercera morar en Jesucristo.»

LA TARDE.

(FRAGMENTO DE UN POEMA.)

Es la tarde: alegre Mayo
á los placeres convida.
Brilla el sol magestuoso
sobre la bóveda altiva
de los cielos, y al oaso
tranquilamente camina.
En el lejano horizonte
descubre ansiosa la vista
el voluptuoso celaje,
cuyas gasas purpurinas
velan la azulada esfera,
tendiendo sus alas nítidas
sobre el erial desierto
de esta mansion de desdichas.
El mar parece dormido:
en sus ondas cristalinas
ríela el último crepúsculo
de esa lumbré fugitiva
que á los brazos de la noche
veloz llevarnos ansia:
sobre su espumosa estela
vá ligera navecilla
surcando de la FORTUNA
las regiones infinitas.
Es la tarde: silenciosa
vá la esperanza del día
entre raudales purísimos
de encantadas armonías,
á los mundos ideales
que el corazón adivina.
Las flores dan sus aromas,
la pradera su ambrosía,
el arroyo sus murmúrios,
el mar sus *saladas* brisas,
favonio sube á los montes
besando las copas frías
de los árboles que crecen
á la sombra de la umbría.
Es la tarde: los pastores
al aprisco se encaminan;
deja el labrador los hierros
con que la tierra cultiva;
la nave plega sus lonas;
el caminante vacila
entre seguir adelante
ó reparar sus fatigas,
y la máquina del mundo
en dulce reposo gira.
Tan solo mi pensamiento,
consolador de mis cuitas,
sigue siempre caminando
en pos de su sola dicha.
¿Qué anhela encontrar? La fuente
de donde brota purísima
del Redentor de los mundos
la sacrosanta doctrina.

FRANCISCO FLORES Y GARCÍA.

REMITIDOS.

VALLADOLID 18 de Junio de 1872.

Señor Don A. C.

Muy señor mío: Recibí su comunicacion fechada en 12 de Junio y los ejemplares de la «Confesion de fé;» por una y otros le doy gracias.

Ha fallecido una mujer que fué miembro de esta Congregacion, pero que antes de morir se apartó de la Igle-

sia para volver al seno de la católica romana. Este es el primer caso desde que nos reconstituimos.

La escuela diaria de niños ha sido aumentada con dos de estos.

En la Congregacion no ha ingresado ningun individuo, pero ha habido dos que lo han solicitado, los cuales no podrán ser admitidos hasta dentro de cuatro meses, conforme á las condiciones establecidas en esta iglesia.

La mujer biblica ha establecido una reunion nocturna por semana en una casa situada en las afueras de esta ciudad, Prado de la Magdalena; concurren de 20 á 24 personas y espero que dará buen fruto, si antes el diablo no se apodera del propietario de la casa y le induce á suspender las reuniones.

Durante los dos últimos meses trascurridos, disminuyeron los ingresos para sostenimiento del culto, no porque en los contribuyentes hubiese falta de deseo, sino de recursos, motivada por la guerra civil, que ha perjudicado en gran manera á las clases trabajadoras, de las que forma parte un buen número de individuos de esta Iglesia.

Aun seguimos apiñándonos para celebrar culto en el cuartito de que ya tiene Vd. conocimiento, y por cierto con gran molestia, á causa del calor. Invitado por su propietario, el mismo que en otra ocasion no quiso oirme, fui hace dos semanas á visitar un regular salon, pero cuando ya estaban vencidas las dificultades, admitidas por mí todas las condiciones—que por cierto ni eran pocas ni generosas,—y únicamente faltaba firmar el contrato, se negó á ello el casero con bastante descortesía, cosa que no me hirió, porque tantas veces me ha sucedido lo mismo, que me voy acostumbrando.

Esta noche empiezo á leer y explicar á esta Congregacion la «Confesion de fé;» no lo he hecho antes, porque me faltaba un ejemplar de ella.

Esto es todo cuanto de notable ocurre.

Páselo Vd. bien y salude en mi nombre á los demás individuos del Consistorio.—Cruzado le saluda.—Suyo en Jesucristo,

PEDRO CASTRO.

Sr. Presidente del Consistorio de las iglesias unidas de España:

Mi querido amigo y hermano en Cristo: Cumpliendo con lo que ordena el Código de disciplina sobre la Memoria mensual, paso á manifestarle el estado de la obra en esta ciudad.

El día 19 del pasado inauguré la nueva iglesia, sita plaza de las Monjas (frente al Ayuntamiento). El edificio que hoy día es parte de la iglesia evangélica y escuelas, fué desde muy remotos tiempos convento de monjas de la *Pura Concepcion*. Que este convento fué edificado sobre los cimientos de algun templo pagano, no deja la menor duda las columnas que se han hallado al verificar algunas escavaciones despues de la revolucion de Setiembre.

¡Que estrañas coincidencias! ó mejor dicho, ¡cuán inescrutables son los juicios del Altísimo! sobre las ruinas de un templo pagano, se levanta otro donde si no se adoraba al sol ó á la luna, venian á sepultarse en vida jóvenes que rompian los lazos de la naturaleza, ajenas á los encantos del hogar doméstico, estrañas á los vínculos sociales, buscando un Dios que no podia hallarse en el recinto de las sombrías paredes de un claustro. En este y otros conventos se sofocaba la inteligencia, se mataban las más caras afecciones, se oprimia el corazón, se estraviaba la conciencia, no se rendiría directamente culto á Júpiter ó á Venus, pero en conclusion no se adoraba á Dios en espíritu y en verdad.

Pues bien, sobre estas segundas ruinas, el 19 de Mayo de 1872 se inaugura una iglesia cristiana, se anuncia el Evangelio. El historiador Llorente, al ocuparse de la Reforma en el siglo XVI, cita entre otros hechos el de dos monjas que sufrieron los rigores de la Inquisicion por mostrar sus simpatías al Evangelio. Es lo más probable que dichas monjas viviesen en este que fué convento; si así es, podemos decir á los verdugos de entonces y á los verdugos de ahora que no olviden que *la sangre de los mártires es la preciosa semilla* que en todos tiempos ha dado los más ópimos frutos á la Iglesia del Cristo.

La inauguracion de la nueva iglesia estuvo muy concurrida, y puedo decir á Vd. que en ella estaba representada la Europa, pues hubo americanos, ingleses, escoceses, alemanes, franceses, portugueses y la mayoría españoles. Desde este día la iglesia se halla bastante concurrida, y muchos dan sus nombres para constar como congregantes, hasta que pase algun tiempo y se constituya la iglesia.

Las escuelas, sobre todo, han adquirido un gran desarrollo; hoy día existen 100 niños y 30 niñas, ¡que Dios los bendiga, y los prepare á ser un día los apóstoles de su país, y de todas partes! Las escuelas dominicales se hallan muy concurridas, gracias á la actividad de algunas personas de la grey que muestran un gran celo.

Creo haber manifestado á Vd. en otra ocasion las grandes reformas que se han hecho en el material de la iglesia, por medio de una suscripcion abierta para este objeto, ascendiendo los gastos á unos 2.600 reales. Aunque al presente no son muchos los individuos de la grey, sin embargo, se está abriendo una suscripcion mensual para ayudar á la obra.

Ahora es preciso vencer una dificultad, y confio en Dios que así se hará. Aquí no tenemos campo santo mas que uno inglés, pues el que existe general, no pertenece al Municipio; por manera que si ocurre alguna defuncion es preciso pedir permiso al cónsul británico, y este permiso tendrá que ser muy limitado, pues además de ser esclusivamente para marineros, es muy reducido. Yo desearia que en vista de estas razones, hiciese Vd., Sr. Director, algun estímulo para que algunos amigos cristianos se interesen en atender esta necesidad.

Tal es, en resumen, el estado de la obra en Cartagena; yo espero que todas las iglesias españolas uniremos nuestras oraciones para el adelantamiento de la obra del Señor en nuestra patria, y no hay duda que nuestras peticiones serán oídas.

Los congregantes de esta iglesia saludan á los de todas las iglesias en el Señor Jesús, y Vd. reciba el cariño y amor fraternal de su hermano en Cristo,

FELIPE OREJON.

Cartagena 21 de Junio de 1872.

Señor Presidente del Consistorio de la Iglesia cristiana española.

Muy señor mío: Cumpliendo con el párrafo segundo del art. 3.º del cap. 4.º del Código de disciplina de nuestra Iglesia, mando á Vd. para su insercion en el periódico LA LUZ, una relacion de los progresos de mi iglesia, denominada de Jesús, sita en la calle de Calatrava, núm. 27 de esta villa.

Inaugurada esta iglesia en 8 de Enero de 1874, y no contando en aquella época más de 123 miembros, los cuales se ofrecieron á sufragar los gastos en cuanto sus fuerzas se lo permitieran, y no teniendo más esperanza que la bendicion que Dios quisiera derramar sobre nosotros oyendo nuestras plegarias, puse mi mano al arado para trabajar enérgicamente y con fé viva en la vñ del Señor, esperándolo todo de aquel que alimenta á los pájaros y que viste á los lirios del campo, pues á pesar de no estar mi obra subvencionada ni sostenida en su totalidad por ninguna Sociedad ó Comité extranjero, y ni aun yo recibia asignacion fija de ninguna parte del extranjero, sabia que hacia la obra de Dios, y que mi Padre celestial no querría abandonarme en mi árdua empresa.

Esta esperanza, fruto de mi fé, me decidió á crear un Comité compuesto de miembros de mi congregacion, los más acomodados, cuyos miembros, suscribiéndose cada uno por una cantidad mensual, unida con la suscripcion del resto de la congregacion, dicho Comité tomó la direccion de la parte material de mi obra.

Si bien desde la inauguracion de mi capilla hasta esta fecha, todavía no he podido encontrar ninguna Sociedad ó Comité extranjero que quisiera asegurar mi asignacion, permaneciendo mi obra independiente por que no está sostenida ni por ninguna Nacion ni por ningun Comité extranjero, con todo, Dios se ha dignado oír nuestras oraciones, y nuestros amigos han contestado con dádivas á nuestras peticiones.

Entre el reverendo Sr. Flíedner, el tesorero señor

Scharff, y el que suscribe, junto con las suscripciones del Comité y de la congregación, gracias á Dios, hemos podido llegar hasta aquí sin motivo de queja.

Hoy mi congregación se compone de 948 miembros, hemos tenido dos casamientos, 12 bautizos y 22 defunciones, y he dado cinco veces la Santa Cena del Señor, siendo el número intermedio el de 185.

Para que se vea la fe de la congregación, dice una pobre viuda que, un mes no podía pagar la cantidad por la cual se había suscrito, empuñó el único pañuelo que tenía para cubrirse, y así pagó el mes que le venía. De estos rasgos pudiera contar varios; mas basta este solo. Para que se vea la buena voluntad de mi congregación, que á pesar de ser en su mayor parte trabajadores, ha contribuido desde el día de la inauguración de la capilla, hasta últimos de Marzo del presente año, con la cantidad aproximada de 6.396 rs., y el Comité que está compuesto de miembros de la congregación, ha contribuido con la cantidad de 5.520 rs.

En la cantidad de la congregación se incluyen las colectas mensuales para gastos de los entierros, y los cepillos para los enfermos pobres.

Creo que esta corta reseña de mi obra, podrá animar á las demás congregaciones para que la obra en general marche según los deseos de todos,

Soy de Vd. afectísimo amigo y S. S. Q. B. S. M.,
FRANCISCO DE PAULA RUET.

Madrid 19 de junio de 1872.

MADRID 22 de Junio de 1872.

Señor Don A. C.

Muy señor mío y hermano en Cristo: Hoy me veo en el imprescindible caso de romper el silencio sobre un asunto que hasta la fecha he procurado promover con toda modestia. Se trata de que hasta hoy no se conoce se haya practicado operación alguna en el cementerio público de esta ciudad con respecto á separar ó segregar la parte de que hace mención la real orden espedita por el Excmo. señor ministro de la Gobernación en 28 de febrero último, para todos aquellos que mueran perteneciendo á religión distinta de la católica. Esta falta de cumplimiento es precisamente la que me obliga á llamar la atención de Vd. Esta modesta iglesia, la mas antigua en su clase, en 20 de febrero próximo pasado, con todo el debido respeto y veneración, elevó la siguiente solicitud, etc., sabiendo que el ilustre Ayuntamiento de esta ciudad no había tomado aun acuerdo alguno sobre señalar el departamento que del cementerio de esta localidad debe servir para nuestra congregación, tienen á bien, con el mayor respeto solicitan de V. S. se sirva promover y hacer que á la mayor brevedad posible se discuta y resuelva, etc., etc.

Contestación que nos hizo: Habiendo la Junta directiva del cementerio presentado su dictamen sobre la solicitud suscrita por D. Francisco Tudury y D. Francisco Poces á nombre de los ocho ancianos que representan la Iglesia evangélica de esta ciudad, el Ayuntamiento se enteró de aquel, y teniendo en vista no menos que la real orden espedita por el Excmo. señor ministro en 22 de febrero último, se acordó por unanimidad que, según la disposición segunda de la citada real orden, están en su derecho de construir un cementerio para los individuos de su congregación, sujetándose para ello á lo que relativamente á higiene pública, etc., etc. Por ella podrá juzgar el espíritu que los guía... Si se hubiera pedido permiso se comprendería, y sería muy natural y aceptable; pero desde el momento que no se le habla de semejante asunto, es por demás y en cierto modo ridículo, al notar en el citado acuerdo semejante evasiva, que á mi modo de ver no es otra. En vista, pues, de lo espuesto, creí de mi deber dejar de hacer diligencia alguna respecto á este asunto, hasta tanto que Dios dispusiera otra cosa.

Llegó por fin el 8 del corriente, día en que á las dos de la madrugada nos falleció una niña de 14 meses, la cual había sido presentada por sus padres en esta Iglesia: á las nueve me presenté oficiosamente al señor alcalde, persona á quien aprecio, para que se dignara designarme el lugar en que debía ser enterrada: á las diez, por orden de dicho señor, se reunió en sesión secreta la Junta del cementerio y supongo que hubo también algunos concejales; á las once menos cuarto, el se-

ñor alcalde me llamó, y en presencia del secretario me dijo: que no podía, por ningún concepto, dejarnos enterrar la niña en el cementerio público, y que por tanto era dueño de enterrarla en donde me pareciese mejor. A esta contestación tan fuera de orden, me vi forzado á hacerle algunas serias reflexiones, hijas del derecho y de la razón; pero desgraciadamente todas fueron en vano. Desde allí me pasé, en compañía del padre de la niña y un anciano, á casa del señor subgobernador con intención expresa de protestar en contra de un acto tan poco decoroso, solo que la fina y atenta acogida de este último, instigó en cierto modo la viva impresión que me causó el primero. Allí estuve mas de hora y media interviniendo por los derechos de la niña y de los padres. Vd. comprenderá que en donde solo existen rivalidades, discusiones, odio y envidia, no es muy fácil llegar al terreno de la persuasión.

Por tanto me fué preciso ante el derecho y la razón ceder á ese insaciable deseo de querer hacer del derecho un exclusivismo.... ¡Ah Señor! ¿Hasta cuándo ha de durar el deseo de poseer para sí solo? ¿No es acaso la misma Providencia la que maldice estas posesiones á solas? Por último, el señor subgobernador resolvió pedir por escrito al señor vicecónsul inglés que le concediera la gracia de dejarle enterrar la niña en el cementerio de su nación, y mientras estuvimos esperando la contestación, me dijo: en caso de no concedérmelo, daré orden para que lo entierren en el lugar destinado para los párvulos. Este asunto es otro de los que es preciso tocar de cerca y de un modo muy formal: me acuerdo muy bien que en la gran ciudad de Barcelona, en donde todo respira grandeza y progreso, nuestros hermanos son admitidos en el cementerio público con cierta indiferencia, que es preciso cese cuanto antes: es muy cierto que son enterrados dentro del mismo recinto que hoy ocupa aquel cementerio, pero no lo es menos que los entierran en el lugar reservado para los *abortos*: en fin, sobre este particular clamaré sin cesar, y espero que tanto Vd. como los demás harán otro tanto hasta que se nos señale un sitio decente y que corresponda al decoro de la Nación y al derecho que nos dispensa. Es preciso, pues, que cesen las injusticias que hace siglos y siglos viene sufriendo el pueblo. ¿Acaso el destino de ser cristianos evangélicos nos ha vedado la suerte el ser respetados y mirados como los demás? *Que no lo piensen siquiera*; eso sería una blasfemia. Las leyes de Dios son leyes de amor; lo que de El nos viene no son los males que afligen á sus pobres criaturas. Por tanto, es preciso, mi bien amado hermano, trabajar sin tregua hasta destruir el mal; sí, *mucha oración* hasta que cesen estas individualidades. Por fin llegó la contestación afirmativa del señor vicecónsul inglés, en que le permitía enterrar en el cementerio de su nación, siempre que se sujetasen á la tarifa, etc. El señor subgobernador, con gran satisfacción y finos modales, me dijo: Ya vé, señor Tudury, que por esta vez no hay inconveniente en que Vd. entierre la criaturita á la otra parte del puerto (es en donde se halla el cementerio de esa nación) asegurando á Vd. que procuraré que inmediatamente se proceda á señalar el sitio que les corresponde. Por último, me rogó que si por medio de mis relaciones podía proporcionar algunos fondos para ayudar á llevar á cabo el arreglo del local, que me lo agradecería muchísimo, atendida la triste situación que atraviesa esta municipalidad: le prometí que siempre que aquella obrase de comun acuerdo con nosotros, podía contar con una gran parte. El 9, á las ocho de la mañana, un modesto cortejo acompañaba el féretro que conducía el coche fúnebre, y á las nueve, varias bonitas embarcaciones resbalaban sobre las tranquilas aguas de este lujoso puerto, producto de la naturaleza, detrás de otra que conducía el pequeño ataúd que contenía los restos inanimados de la criaturita Antonia Carreras. No trato de hacer aquí una apología del cuadro serio y encantador que formaba aquella comitiva de señoras, caballeros y niños embarcados, que seguían con dirección al cementerio: una vez allí, se depositó en frente la fosa el pequeño ataúd, y en medio de un profundo silencio repetí aquellas sublimes palabras del Señor: «Yo soy la resurrección y la vida....» (Juan, xi, 25) y luego dirigí mi humilde voz á la concurrencia, citando el texto de los Eclesiastés, (xii, 7 y 8) y terminé por una corta oración en obsequio de todos los que se hallaban afectados por la pérdida de la inocente criaturita. Acto continuo

en presencia de dos ancianos, se tomó acta del punto y lugar en que fué depositado, y una vez terminado nos retiramos con toda modestia y sencillez á nuestras casas.

Pues bien, querido hermano, esta pequeña reseña, espero que cuanto antes será conocida de todas las personas que se interesan por el bien y el progreso del Evangelio en nuestra cara patria, y á no dudarlo espero que uno para todos y todos para uno se unirán á mi humilde persona para acompañar una sentida solicitud al Gobierno, para que con su acreditado proceder disponga que cuanto antes cese toda clase de abusos, y que de una vez entremos en un nuevo período de progreso y de justicia que espero ver bien pronto, mediante la gracia de nuestro bien amado Salvador.

A Vd., pues, querido hermano, dejo el cargo de esta publicación y el derecho de practicar toda cuanta diligencia crea necesaria hacer en pro de nuestros derechos que tan miserablemente nos mutilan. Adios, hermano, y que la bendición del Señor sea en Vd. y los de su familia. Amen.

Suyo afectísimo y atento hermano en Cristo Jesús,

FRANCISCO TUDURY.

Hasta hoy no hemos podido dar cabida en nuestro periódico al siguiente comunicado. Hoy lo hacemos con mucho gusto:

Sr. Director de LA LUZ.

MADRID 14 de Mayo de 1872.

Muy señor nuestro: Tenemos la grata satisfacción de suplicaros el honor de ver insertas en las columnas de vuestro periódico las siguientes líneas:

Habiendo terminado las misiones que durante un mes han tenido lugar en la capilla evangélica de la plazuela del Limón, en la que un numeroso auditorio ha escuchado con religioso entusiasmo, interés y recogimiento las conferencias religiosas dirigidas por el doctor D. José Agustín Escudero, la Iglesia verdadera del Crucificado merece la enhorabuena en esta pobre España, dormida tanto tiempo á favor de las sombras del error y la superstición, por haber aparecido en su glorioso horizonte un nuevo lumínar, que tanta falta hacía.

Reciba, pues, el Sr. Escudero esta sencilla muestra de gratitud, del mismo modo que espresamos nuestro reconocimiento á la respetable Asamblea cristiana por la acertada elección que ha sabido hacer de este nuevo evangelista, cuyo desinteresado celo y virtudes cristianas le hacen acreedor á nuestra admiración y cariño.

Dignaos dar acogida con la benevolencia cristiana que os distingue, las gracias que anticipadamente os envían vuestros S. S. y hermanos en la fe.—(Siguen 15 firmas).

ADVERTENCIA.

Nuevas condiciones.

La Luz se publica el 1.º y 15 de cada mes.

El precio de suscripción es un real mensual en Madrid y cinco reales trimestre en provincias.

Fuera de Madrid solo se admiten suscripciones por trimestre.

No se servirá ninguna suscripción cuyo importe no se haya recibido en la Administración.

Puntos de suscripción.

En Madrid.....	Soldado, 7, segundo. Madera Baja, 8.
En Zaragoza...	Calle de San Jorge, cochera Asco-bareta.
En Valladolid.	Plazuela del Duque, 11, principal.
En Cartajena..	Plaza del Rey, 18.
En la Coruña..	Llibrería de D. Vicente Abad.
En Santander..	Llibrería de D. Manuel M. Ramos.

MADRID: 1872.

Imp. de J. M. Perez, Corredora Baja de San Pablo, núm. 27.